

(1786), de Cónsul Jove; ‘Compelle intrare: Vicente do Seixo y la tolerancia religiosa (1788)’; ‘La Biblioteca del obispo de Blois, una nave a la deriva (1793)’—, cierra esta magna obra, a la que se añade un repertorio bibliográfico específico.

En conclusión, se trata de un estudio casi definitivo (y digo ‘casi’, porque Martín González no sólo va señalando determinadas limitaciones y carencias de este estudio, sino que también hace promesas de ulteriores investigaciones). Se trata, pues, de una ‘opera aperta’ —para el mismo y para otros investigadores—, no de una ‘opera chiusa’, bien estructurada y organizada, cuidadosamente documentada (tanto a nivel de fuentes como de estudios especializados), en la que no hay afirmaciones gratuitas; una obra bien redactada, enormemente erudita (a veces de manera excesiva); una obra fundamental (como una especie de Biblia) para comprender —además de ciertos movimientos doctrinales, religiosos y políticos— la múltiple actividad inquisitorial en Galicia durante el Siglo XVIII, y también en el resto de España; una obra que viene a complementar —y puede ser complementada— por otra reciente de J. Martínez Millán, *La Inquisición en España*, 2007 (reseñada por J. L. Mora en *Hispanismo Filosófico*, 13, 2008, 195-197). Las dos, complementándose respectivamente, vendrían a materializar el *universal concreto* de Hegel: la de J. Martínez Millán al establecer el marco general de la Inquisición española (sin olvidarse de lo particular); la de M. González Fernández, al analizar lo concreto (Galicia) en el marco de lo universal. Dialéctica, en suma, de lo universal y de lo concreto que, en términos poético-filosóficos, traduce expresivamente el portugués Miguel Torga (pseudónimo del médico

Adolfo Rocha): “o universal é o local sem paredes”. Se trata, en definitiva, de una obra realmente innovadora por la metodología utilizada (en su dimensión teórico-práctica, o viceversa).

Y como es una ‘opera aperta’, la vía no está agotada, ni mucho menos. Siendo así, no se le puede aplicar el adagio latino *finis coronat opus*, porque, al non haber un fin (definitivo), no hay que coronar (todavía). A lo mejor —y es realmente posible— algún día M. González nos sorprende con esa *Vida de los hombres infames*, que había proyectado M. Foucault. Mientras tanto, sólo nos resta decirle al autor: ‘muitos parabéns’, extensivos también a la Editorial Nigratreia por la pulcritud, cuidado y esmero de la presente edición.

José Luis Barreiro Barreiro

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, ENRIQUE Y GUTIÉRREZ RODRÍGUEZ, VÍCTOR (COLABORADOR), *Una república de lectores. Difusión y recepción de la obra de Juan Luis Vives*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, Plaza y Valdés, 2007, 519 págs.

El profesor Enrique González, de la Universidad Nacional Autónoma de México, trabaja desde hace muchos años sobre este humanista valenciano. En 1987 publicó su libro *Joan Lluís Vives, de la escolástica al humanismo*, y más tarde, con la colaboración de Víctor Gutiérrez y Salvador Albiñana, catalogó las primeras ediciones de sus obras; también las ediciones de sus *Diálogos*, y escribió diversos estudios sobre el autor y su tiempo. Una tarea ingente, que continúa, incrementando la fijación de

sus ediciones, algunas desconocidas, e interpretando su figura intelectual.

Ahora nos ofrece estas densas páginas sobre la lectura y recepción de los escritos de Vives, que tanta resonancia alcanzaron en los primeros siglos de la edad moderna. Después se apagó su brillo, fue menos leído, menos editado. La *Enciclopedia* de D' Alembert sentenció: "Vives (Jean-Louis). Naquit à Valence en 1492, et mourut à Bruges en 1540, à 48 ans. Il a beaucoup écrit, et avec peu d'utilité pour le public". Pero más adelante, en el pasado siglo, fue rescatado desde dos enfoques: por un lado la investigación erudita colocó su obra en el lugar que merece en el Renacimiento europeo; de otro, algunos conservadores quisieron descubrir en su pensamiento soluciones intemporales, eternas, españolas, en especial en los años de las dictaduras de Primo de Rivera y Franco. Desde fines del ochocientos había empezado su reivindicación, pero entonces alcanzó la altura de un mito; aún no se conocía su ascendencia judía, hasta que en 1964 se publicaron los procesos de Blanquina March, su madre, se conoció la muerte de su padre en la hoguera. Algunos, como Corts Grau, catedrático de Filosofía del Derecho en Valencia, muy afecto al humanista, se sintieron perplejos...

Su oscurecimiento paulatino en el siglo XVII fue lógico, ya que siempre escribió en latín; también por representar el pensamiento tradicional, aunque se había enfrentado a la escolástica tardía, al nominalismo. Pero la modernidad —desde el seiscientos— lo rechazaría, ya no se considera la antigüedad grecorromana como etapa superior, como una lejana Edad de Oro. Los nuevos filósofos prescindieron del legado clásico, este quedó relegado a la investigación erudita. Hay, a juicio del autor, otros ingredientes que

explican la mengua de su fama: por ser español se vio sometido a los ataques de Francia que combate con ejércitos e ideas contra la monarquía hispana; además sufrió en ocasiones la enemiga de protestantes o de católicos. Incluso, por no encajar bien en los planteamientos o acotaciones nacionales de los investigadores, pues Vives estuvo desterrado de por vida y escribió en latín.

El libro está dividido en dos partes, la primera, "Fortuna y olvido", presenta a Juan Luis Vives y su obra, su difusión o lectura desde mediados del XVI hasta el XVIII. La segunda, "La recuperación de la memoria", se refiere a tiempos más cercanos, a los dos últimos siglos.

Empieza por una sucinta biografía de Vives, cuya vida conoce bien. Los años parisienses los investigó a fondo en su primer libro, *Joan Lluís Vives*, que ya citamos; ahora continúa la biografía hasta su muerte, con exacta precisión de las obras que fue publicando y el sentido de cada una. Narra su paso por la Universidad de París, por Inglaterra a la espera del mecenazgo de Enrique VIII y Catalina de Aragón. Los conflictos políticos y religiosos le aconsejaron su retiro en Flandes, donde residió hasta su temprano fallecimiento. Un marco previo, una presentación del personaje, antes de entrar en la difusión de su obra en la república de las letras.

La utilización de sus escritos fue extensa, algunas como los *Diálogos* se manejaban en las escuelas de gramática. Le prestaron atención y respeto muchos eruditos que lo citaron, Gesner le reservó un lugar que en su *Bibliotheca universalis*.... Vives fue muy apreciado y difundido, a juzgar por su frecuente presencia en autores coetáneos y las numerosas ediciones en diversas imprentas de Europa, Lyon, Colonia, Basilea, Amberes, Lovai-

na, París... —escasas en la península—. La mayoría son exentas, otras unidas con otros autores sobre temas análogos. Es amplísima la erudición que acumula en estas páginas —ediciones y referencias, autores—. En un apartado analiza con minuciosidad la difusión de los *Diálogos*: Palmireno en Valencia, Cervantes de Salazar en México... Sus ediciones en Francia, Italia, Inglaterra, Alemania...

Con el tiempo empezó a declinar su fortuna. No importa alguna crítica —usual entre los estudiosos—, como la de Henri Estienne, que le reprochó su desprecio por Aulo Gelio. Más bien sus ideas dejan de interesar, disminuyen sus ediciones. Aunque algunas obras, los *Diálogos* sobre todo, siguieron apareciendo con frecuencia. La fractura que significa el enfrentamiento entre reforma y contrarreforma, la ortodoxia y la herejía, la censura y prohibiciones, incide sobre la presencia de Vives. El mundo intelectual ha cambiado... Decaen las prensas de Basilea, donde tantas ediciones suyas aparecieron —las *Opera* en 1555—. Habría que recoger las citas de Vives en este periodo para ponderar su presencia. Sabemos todavía poco. Montaigne lo usa en sus *Essais* al condenar la tortura; lo utiliza Ramus, lo cita Descartes, lo leyeron Gassendi o Leibniz... Mejor se conocen las críticas que le hicieron Matamoros, Melchor Cano o el Brocense, que reprodujo Nicolás Antonio en su *Bibliotheca nova*, junto a nueve elogios de diferentes autores. Aún más duro fue el juicio de Adrien Baillet, que expresa una nueva sensibilidad en su valoración de Vives... Le reprocha su desdén por Aulo Gelio y el excesivo valor que se había dado a los *Diálogos*, apoyado en Sánchez de las Brozas. A partir de Melchor Cano lo tacha de soberbio, de despreciar a los antiguos.

En la segunda parte del libro se reconstruye su retorno, los caminos de la bibliografía por los que Juan Luis Vives revivió en la época contemporánea: “La Recuperación de la memoria”.

El primer problema fue el inventario de sus numerosas obras y ediciones. Empezó Bonilla San Martín y siguieron otros con mayor o menor ambición y rigor. Las ediciones son tan numerosas que la tarea es ardua: los *Diálogos* cuentan con más de 600, la *Introductio ad sapientiam*, unas 250. A veces aparecen junto a otros autores o sin mencionar su nombre; o se recogen parcialmente en plegarias de la Iglesia Anglicana o en los comentarios a Aristóteles. Muchas ediciones se han destruido, sólo queda su mención en catálogos o en citas de otros eruditos... En fecha temprana Conrad Gesner había dado una lista aceptable, aunque con defectos; luego continuó Nicolás Antonio y otros. Mayans supuso un hito importante, que se completó por otros estudiosos después. Ahora existen mayores posibilidades. Los catálogos de eruditos, de bibliotecas y libreros, aunque inexcusables, abundan en “erratas e imprecisiones”. Sobre ejemplares vistos y consulta de catálogos, fue avanzando Bonilla, después Palau Dulcet, entre otros. Los autores de este libro, con sus rigurosos catálogos de ediciones *princeps* y de los *Diálogos*, han asentado esta línea bibliográfica en un terreno firme, seguro. Y prometen continuar en la brecha, dando cuenta del proyecto de trabajo que van realizando.

Después examinan los estudios sobre el humanista a lo largo de los siglos XIX y XX, su nueva presencia. Titulan el apartado “Usos y abusos”, para denotar la confluencia de investigaciones críticas con la utilización ideológica, inspirada en determinados intereses del presente, apologías interesadas en utilizar su per-

sona e ideas. No es fácil separar ambos supuestos, pues pueden coincidir, salvo en los extremos —rigurosas investigaciones o torpes manipulaciones políticas—. No obstante, los autores ponderan en todo momento el valor que atribuyen a los trabajos.

Ofrecen una visión de las principales tradiciones desde las que se recuperó: la tradición alemana que lo consideró pedagogo y psicólogo, la española, que desembocó en la reacción y la apología desmesurada, y, por último, la belga, más crítica, junto a otras menores.

En Alemania desde mediados del XIX se reivindicó su persona como fundador de la pedagogía, y esa valoración se extendió por Europa, apoyada en las *Opera* de Basilea o en las mayansianas. También se reeditaron y tradujeron sus libros, analizados desde este enfoque, en especial desde las universidades protestantes de Leipzig y Erlangen, luego siguieron algunas católicas como la Friburgo. De Alemania se irradió este nuevo interés hacia otros países de Europa, incluso Finlandia, Hungría, Polonia...

La tradiciones belga y holandesa de estudios sobre Vives son antiguas. Ya en 1841 Namèche escribió una valiosa memoria y se presentaron algunas tesis doctorales, pero la corriente alemana fue predominante. Hubo especial interés en estudiar la vida de aquel desterrado, acogido en Brujas, o sus ideas sobre el pauperismo que estaban referidas y dedicadas a aquella la ciudad. En Lovaina, Henri de Vocht significó notable avance al estudiar su estancia en Inglaterra, y con la edición del epistolario del jurista holandés Cranevelt, entre las que había 48 de Vives; completada por su discípulo Jozef Ijsewijn, que junto a otros ha continuado estas investigaciones de amplio alcance sobre el humanismo europeo. En Ingla-

terra, con algún precedente, el pedagogo Foster Watson hizo de Vives el tema de su vida, con diversas publicaciones y traducciones. Estuvo en contacto con España, con el *Institut d'estudis catalans*, la Institución Libre de Enseñanza y la Universidad de Valencia, donde divulgó el interés por su pensamiento, lo que no logró en el área anglosajona. Incluso en Francia dejó algunas huellas entre los pedagogos... En 1941, durante el gobierno de Pétain, Joan Estelrich, embajador de Franco, aprovechó para publicar sobre el humanista y organizar una ambiciosa exposición de más de 500 obras de Vives. Aunque ya en 1937 Marcel Bataillon con *Érasme et Espagne* había situado en una nueva etapa los estudios sobre el Renacimiento hispano.

En España, a fines del XVIII apareció la notable edición de Mayans, cuando la Ilustración pretendía mejorar los estudios. Es obra magna, todavía vigente, aunque existen mejores versiones de algunos escritos vivesianos. En los dos siglos posteriores se produjo una explosión de escritos e interés desde otras vías. Se resucita pronto por su crítica de la escolástica tradicional; los liberales moderados se inspiraron en Condillac y luego en la psicología escocesa —Bacon y Vives estarían en el origen— y en el eclecticismo de Cousin. En Cataluña, Martí d'Eixalà, Laverde y Lloréns Barba cultivaron esa vía, que aprendió bien Menéndez Pelayo, discípulo de Lloréns, quien la trasportó al integrismo reaccionario en la polémica de la ciencia española, contra Salmerón y Revilla, cercanos a la Institución Libre de Enseñanza; luego, en los *Heterodoxos* acuñó un vivismo conservador, españolista, que llega a nuestros días. Aunque la Institución también mostró su interés por un Vives más pedagogo y social... Cuando Foster Watson llegó a España encontró el terreno bien abonado para su cruzada.

Bonilla San Martín hizo su tesis sobre Vives con su maestro Menéndez Pelayo, y después la amplió en *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento* (1903), “el libro de conjunto más sólido”, hasta Noriega. La vida y obra fueron investigadas, sin acercarse a su pedagogía, ya que los institucionistas cultivaban esa vertiente. Pero fue un hombre mesurado —no quiso apoyar a Primo de Rivera—; mientras sus discípulos y otros ultraconservadores llevaron la visión de Vives hasta el extremo, durante las dos dictaduras: Sainz Rodríguez, Carlos Riba, Puigdollers, Beneyto —en Barcelona Estelrich y Carreras Artau—, que figuraron en las filas franquistas... Junto a ellos algunos clérigos y frailes, Getino, Torró, Herrera Oria... Se fundó una cátedra *Luis Vives*, se bautizaron con su nombre algunas instituciones, algún colegio mayor. Durante el franquismo volvió a ser exaltado, se sumaron otros, los catedrático González Ontiveros y Corts Grau, o el franciscano Juan Bautista Gomis; se publicaron con cierto empaque algunos libros sobre sus ideas sociales y pedagógicas. Lorenzo Ríber tradujo sus obras completas. La verdad es que en buena parte servían para sostener una ideología, que a pesar del entusiasmo avanzó poco la investigación vivista. En 1964 la publicación de los procesos inquisitoriales de su madre dio la puntilla a toda aquella corriente de escaso valor académico. En 1970, desde el exilio, Carlos G. Noreña publica su *Juan Luis Vives*, con insistencia en su condición judía —en línea con Américo Castro—. Un estudio puesto al día, que completó después: como dicen los autores “marcó para bien un punto y aparte”. En este caso el exilio republicano supera sin duda lo que se hacía en nuestras universidades.

En 1974 un congreso internacional de estudios clásicos en homenaje a Vives se sitúa aún en la tradición española, aun cuando deja traslucir algún destello nuevo: basta leer las páginas de Pedro Sainz Rodríguez... Luego las aportaciones cobraron mayor sentido, situadas en la senda de Bataillon y los estudios sobre el renacimiento. En las últimas páginas el autor reúne cuanto se ha hecho —ediciones, traducciones y estudios— sobre la figura de Vives, con notable erudición y juicio; es un buen repertorio para quienes se interesen por sus obras, repartido en varios apartados: lengua, retórica, derecho y política, pensamiento social... Puede decirse que existe un nuevo auge sobre el humanista; un reconocimiento de la importancia que tuvo en su tiempo, en Europa. Porque su obra es europea, “la verdadera patria de un escritor la constituyen sus lectores, esa inestable república sin límites geográficos, políticos, religiosos, ni lingüísticos.”

En suma, esta páginas logran un excelente panorama sobre Juan Luis Vives. Su vida se enlaza con sus libros, su pensamiento con las circunstancias tan difíciles que le tocaron en suerte vivir —converso, expatriado, testigo de la quiebra de la cristiandad—. Asimismo, la difusión que alcanzó, en su época y después, hasta llegar a ser un mito en el nacionalcatolicismo de la dictadura. La erudición de los autores se une en estas páginas con su buen sentido histórico, para deslindar la realidad histórica de las ideologías y sentimientos de diverso tipo que convergen en la exaltación de su figura. Por lo demás, se acompaña al final de una amplísima relación de fuentes y repertorios, bibliografía —separada la de lengua española—, y de índices onomástico y toponímico.

Mariano Peset y Yolanda Blasco